

Graeme Simsion

EL PROYECTO ESPOSA

Traducción del inglés de
Magdalena Palmer



Título original: *The Rosie Project*

Ilustración de la cubierta: W.H. Chong

Copyright © Graeme Simsion, 2013

Publicado por primera vez por The Text Publishing Co., Australia, 2013

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2013

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-554-0

Depósito legal: B-23.951-2013

1ª edición, octubre de 2013

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

Para Rod y Lynette

1

Puede que haya encontrado una solución al Problema Esposa. Como sucede con tantos avances científicos, vista en retrospectiva resultaba evidente, pero de no ser por una serie de acontecimientos imprevistos es poco probable que hubiera dado con ella.

La secuencia la inició Gene al insistir en que diese una conferencia sobre el síndrome de Asperger que él se había comprometido a pronunciar previamente. La hora programada era de lo más inoportuna. La preparación de la conferencia podía compaginarse con la ingesta del almuerzo, pero esa noche había reservado noventa y cuatro minutos para limpiar el baño. Me enfrentaba a tener que elegir entre tres opciones, ninguna satisfactoria.

1. Limpiar el cuarto de baño después de la conferencia, con la resultante pérdida de horas de sueño y la consecuente reducción de mi rendimiento físico y mental.
2. Reprogramar la limpieza para el martes siguiente, con los resultantes ocho días de higiene personal deficiente y el consecuente riesgo de enfermedad.

3. Rechazar pronunciar la conferencia, con el resultante perjuicio a mi amistad con Gene.

Presenté el dilema a Gene, que como siempre tenía una alternativa.

—Don, pagaré a alguien para que te limpie el baño.

Una vez más le expliqué que todas las empleadas domésticas, a excepción quizá de la mujer húngara de falda corta, cometían errores. La Mujer Falda Corta, anterior empleada de Gene, había desaparecido tras surgir cierto problema entre él y Claudia, su mujer.

—Te daré el móvil de Eva. Pero no me menciones.

—¿Y si me pregunta? ¿Cómo responderé sin mencionarte?

—Dile que la has llamado porque es la única empleada del hogar que conoces que limpia bien. Y si me menciona, no digas nada.

Éste era un desenlace excelente, ejemplo del talento de Gene para solucionar problemas sociales. A Eva la satisfaría que se reconociera su competencia y quizá hasta fuese apta para asumir esa tarea de forma permanente, lo que dejaría libre una media de trescientos dieciséis minutos semanales en mi programación de tareas.

El problema de la conferencia había surgido cuando a Gene se le presentó la oportunidad de mantener relaciones sexuales con una profesora chilena que asistía a un congreso en Melbourne. Uno de los proyectos de Gene es mantener relaciones sexuales con mujeres de todas las nacionalidades posibles. Como catedrático de Psicología está sumamente interesado en la atracción sexual humana, que él considera, en gran medida, determinada genéticamente.

Dicha creencia es del todo consecuente con su formación como genetista. Sesenta y ocho días después de que me contratara como investigador de posdoctorado,

lo ascendieron a director del departamento de Psicología, un nombramiento muy controvertido con el que se pretendía posicionar la universidad como líder en psicología evolutiva e incrementar su perfil público.

En el período que trabajamos juntos en el departamento de Genética mantuvimos muchas discusiones interesantes que continuaron tras su ascenso. Eso ya me habría bastado para considerar satisfactoria nuestra relación, pero además Gene me invitó a cenar a su casa e interpretó otros rituales de amistad que derivaron en una relación social. Su esposa Claudia, psicóloga clínica, también es ahora una amiga, lo que suma un total de dos.

Durante un tiempo, Gene y Claudia intentaron ayudarme con el Problema Esposa. Lamentablemente, su enfoque se basaba en el paradigma tradicional de citas que yo había abandonado porque las probabilidades de éxito no justificaban el esfuerzo ni las experiencias negativas. Soy alto, inteligente y sano, tengo treinta y nueve años, un estatus relativamente elevado y unos ingresos superiores a la media como profesor adjunto; lo lógico sería que le resultase atractivo a una amplia gama de mujeres. En el reino animal conseguiría reproducirme sin problemas.

Sin embargo, hay algo en mí que no atrae al género femenino. Nunca me ha sido fácil hacer amistades y, al parecer, los defectos que originan este problema también han afectado a mis intentos de establecer relaciones románticas. El Desastre del Helado de Albaricoque es un buen ejemplo.

Claudia me había presentado a una de sus muchas amigas. Elizabeth era una informática muy inteligente con un problema de visión que corregía con gafas. Menciono las gafas porque Claudia me enseñó una fotografía y me preguntó si eran un problema. ¡Una pregunta increíble, viniendo de una psicóloga! A la hora de evaluar

la idoneidad de Elizabeth como compañera potencial —alguien capaz de proporcionar estímulo intelectual, compartir actividades y quizá llegar hasta el apareamiento—, la primera preocupación de Claudia era mi reacción ante la montura elegida, que seguramente respondía a la recomendación del óptico. Éste es el mundo en que me ha tocado vivir. Luego Claudia me dijo, como si fuera un problema:

—Es de ideas muy firmes.

—¿De base científica?

—Supongo.

Perfecto. Era como si Claudia me hubiera descrito a mí.

Nos citamos en un restaurante tailandés. Los restaurantes son campos de minas para los ineptos sociales y yo estaba nervioso, como suele ocurrirme en situaciones semejantes. Pero tuvimos un inicio excelente: ambos llegamos justo a las 19.00 horas, según lo acordado. La mala sincronización acarrea enormes pérdidas de tiempo.

Sobrevivimos a la comida sin que ella me criticara por ningún error social. Es difícil mantener una conversación mientras te preguntas si estás mirando la zona corporal adecuada, pero siguiendo la recomendación de Gene me concentré en sus gafas, lo que derivó en cierta imprecisión en el proceso de ingesta de alimentos que ella no pareció advertir. Muy al contrario, mantuvimos una conversación muy productiva sobre los algoritmos de simulación. ¡Era una mujer tan interesante! Yo ya empezaba a plantearme la posibilidad de una relación permanente.

El camarero trajo la carta de postres y Elizabeth declaró:

—No me gustan los postres asiáticos.

Aquella era con toda seguridad una generalización endeble basada en una experiencia limitada, y quizá tendría que haberla identificado como una señal de adver-

tencia. Pero me brindó la oportunidad de realizar una sugerencia creativa:

—Podríamos tomar un helado al otro lado de la calle.

—Qué buena idea. Siempre y cuando tengan de albaricoque.

Estimé que progresaba adecuadamente y no pensé que la preferencia por el albaricoque fuera a plantear problema alguno.

Me equivocaba. Aunque la heladería disponía de una amplia oferta de sabores, se habían acabado las existencias de albaricoque. Yo pedí un cucurucho doble de chocolate picante y regaliz, y le dije a Elizabeth que especificara su segunda preferencia.

—Si no tienen albaricoque, paso.

No podía creérmelo. Todos los helados saben casi igual debido al enfriamiento de las papilas gustativas, sobre todo los de sabores frutales. Le propuse el mango.

—No, gracias, estoy bien así.

Le expliqué con cierto detalle la fisiología del enfriamiento de las papilas gustativas. Predije que si adquiría un helado de mango y uno de melocotón sería incapaz de distinguirlos y, por extensión, lo mismo se aplicaba al albaricoque.

—Son sabores muy diferentes. Si eres incapaz de distinguir el mango del melocotón, allá tú —repuso ella.

Nos hallábamos ante una simple discrepancia objetiva que podía resolverse empíricamente en un pispás. Pedí dos helados pequeños de ambos sabores, pero cuando el empleado acabó de prepararlos y me volví para pedir a Elizabeth que cerrase los ojos a fin de efectuar el ensayo, había desaparecido. ¡Vaya con la base científica! ¡Y las ciencias informáticas!

Después Claudia me dijo que tendría que haber abandonado el experimento antes de que Elizabeth se marchara. Evidentemente. Pero ¿en qué momento? ¿Dónde

estaba la señal? Ésas son las sutilezas que no alcanzo a captar, como tampoco por qué una acentuada sensibilidad respecto a enigmáticas preferencias por ciertos sabores de helados debe considerarse un prerrequisito para ser pareja de alguien. Parece razonable suponer que algunas mujeres no exigen eso; por desgracia, encontrarlas resulta increíblemente difícil. El Desastre del Helado de Albaricoque me había costado toda una noche de mi vida, una pérdida de tiempo sólo compensada por la valiosa información sobre los algoritmos de simulación.

Me bastaron dos almuerzos para investigar y preparar la conferencia sobre el síndrome de Asperger sin sacrificar nutrientes, gracias a que había wifi en la cafetería de la biblioteca de Medicina. Apenas conocía los trastornos del espectro autista, pues no formaban parte de mi especialidad. El tema era fascinante. Juzgué adecuado centrarme en los aspectos genéticos del síndrome, que posiblemente el público desconocería. La mayor parte de las enfermedades derivan parcialmente de nuestro ADN, aunque en muchos casos todavía no lo hayamos descubierto. Mi propio trabajo se centra en la predisposición genética a la cirrosis hepática. Dedico un alto porcentaje de mi horario laboral a emborrachar ratones.

A partir de los libros y artículos de investigación que describen los síntomas del síndrome de Asperger, llegué a la conclusión provisional de que muchos no eran más que variaciones de la función cerebral erróneamente calificadas como trastorno médico porque no se ajustaban a las normas sociales —en realidad, convenciones sociales— que reflejan las configuraciones humanas más comunes, no su espectro al completo.

La conferencia estaba programada para las 19.00 horas en un colegio cercano de las afueras. Calculé un trayec-

to en bicicleta de doce minutos y me concedí tres minutos más para encender el ordenador y conectarlo al proyector.

Llegué a las 18.57, según lo previsto, veintisiete minutos después de haber dejado en mi piso a Eva, la empleada doméstica de falda corta. Aunque habría unas veinticinco personas merodeando ante la puerta del aula, reconocí de inmediato a Julie, la convocante, gracias a la descripción de Gene: «Una rubia de tetas grandes.» En realidad, sus pechos sólo presentaban una pequeña desviación estándar del tamaño medio en relación con su peso corporal y no eran una característica destacable. Se trataba más bien de una cuestión de elevación y exposición derivada de su elección de indumentaria, que me pareció muy práctica para una calurosa noche de enero.

Debí de excederme en el tiempo dedicado a verificar su identidad, porque me miró de un modo extraño.

—Usted debe de ser Julie —le dije.

—¿Qué quiere?

Bien. Una persona práctica.

—Indíqueme dónde se halla el cable VGA, por favor.

—Ah, usted es el profesor Tillman. Me alegro de que haya podido venir.

Me tendió la mano, pero yo la rechacé con un gesto.

—El cable VGA, por favor. Son las dieciocho horas cincuenta y ocho minutos.

—Tranquilo, nunca empezamos antes de las siete y cuarto. ¿Le apetece un café?

¿Por qué la gente valora tan poco el tiempo de los demás? Ahora mantendríamos la inevitable charla trivial. Podría haber pasado esos quince minutos en casa practicando aikido.

Hasta ese momento había centrado mi atención en Julie y la pantalla del fondo de la sala. Entonces eché un vistazo alrededor y reparé en que había pasado por alto a diecinueve personas. Eran niños, en su mayoría varones,

sentados en pupitres. Víctimas del síndrome de Asperger, supuse. Casi toda la literatura médica del síndrome está dedicada a los niños.

Pese a su dolencia, aprovechaban el tiempo mucho mejor que sus padres, que parlotaban sin ton ni son. La mayoría operaba con dispositivos informáticos portátiles. Tenían edades comprendidas entre los ocho y los trece años. Esperaba que hubiesen prestado atención en sus clases de ciencias, pues mi material daba por supuestos conocimientos básicos de química orgánica y estructura del ADN.

Entonces advertí que no había respondido a la pregunta del café, así que lo hice:

—No.

Por desgracia, debido al retraso, Julie ya había olvidado la pregunta.

—No quiero café —expliqué—. Nunca tomo café después de las quince horas cuarenta y ocho minutos, pues repercute en la calidad del sueño. La cafeína tiene una vida media de entre tres y cuatro horas, por lo que es una irresponsabilidad servir café a las diecinueve horas a menos que la persona destinataria pretenda estar despierta hasta pasada la medianoche, lo cual le impediría dormir las horas adecuadas si tiene un trabajo convencional.

Intentaba aprovechar la espera ofreciendo un consejo práctico, pero al parecer ella prefería hablar de trivialidades.

—¿Cómo está Gene? —preguntó.

Era a todas luces una variante de la fórmula de interacción más común: «¿Cómo estás?»

—Está bien, gracias —respondí, adaptando la respuesta convencional a la tercera persona.

—Ah. Creía que estaba enfermo.

—El estado de salud de Gene es excelente, salvo por seis kilos de sobrepeso. Esta mañana ha ido a correr y esta noche tiene una cita; si estuviera enfermo sería incapaz de salir.

Julie no pareció muy satisfecha y más tarde, al reconsiderar la interacción, comprendí que Gene le había mentado acerca de los motivos de su ausencia, seguramente para evitarle la sensación de que aquella conferencia no era importante para él y justificar el envío de un orador menos prestigioso como sustituto. Resulta casi imposible analizar una situación tan compleja que incluye el engaño, imaginar la respuesta emocional de otra persona y además preparar una mentira plausible mientras alguien aguarda a que contestes a su pregunta. Sin embargo, eso es exactamente lo que la gente espera que hagas.

Por fin encendí mi ordenador y empezamos, ¡con dieciocho minutos de retraso! Tendría que hablar un 43 por ciento más rápido para terminar a las 20.00 horas, según lo previsto, un objetivo prácticamente imposible de alcanzar. Acabaríamos tarde, lo que arruinaba toda mi programación para el resto de la noche.

2

Había titulado mi charla «Precusores genéticos de los trastornos del espectro autista», para la que contaba con algunos excelentes diagramas de estructuras del ADN. Sólo llevaba nueve minutos hablando, más rápido de lo habitual a fin de recuperar el tiempo perdido, cuando Julie me interrumpió.

—Profesor Tillman, como la mayoría de los presentes no somos científicos, quizá debería ser un poco menos técnico.

Esta clase de afirmación resulta irritante en grado sumo. La gente puede hablarte de las supuestas características de un Géminis o un Tauro y pasarse cinco días viendo un partido de críquet, pero no tiene tiempo ni interés en aprender las nociones básicas de lo que nos constituye como seres humanos.

Continué con mi exposición según la había preparado. Era demasiado tarde para cambiarla y seguro que parte del público estaba lo bastante informado para entenderla.

No me equivocaba. Un varón de unos doce años levantó la mano.

—¿Dice que no es probable que haya un solo marcador genético implicado sino varios y que la manifesta-

ción global depende de la combinación específica? ¿Afirmativo?

—¡Exacto! Además de factores ambientales. La situación es análoga al trastorno bipolar, que...

Julie interrumpió de nuevo.

—Para los que no somos genios, aclararé que creo que el profesor Tillman está recordándonos que el síndrome de Asperger es algo con lo que se nace. No es culpa de nadie.

Me horrorizó el uso de la palabra «culpa» con todas sus connotaciones negativas, en especial en boca de alguien con autoridad en la materia. Abandoné mi decisión de no desviarme de los aspectos genéticos. Sin duda la cuestión había estado tiempo debatiéndose en mi subconsciente, lo que quizá motivó que alzara el tono.

—¡Culpa! El síndrome de Asperger no es ningún defecto. Es una variante. Y potencialmente una gran ventaja. El síndrome de Asperger se asocia con organización, concentración, ideas innovadoras y objetividad racional.

Una mujer del fondo de la sala levantó la mano. Como yo estaba concentrado en el razonamiento, cometí un pequeño error social, pero lo corregí sobre la marcha:

—¿Sí, la mujer gord... con sobrepeso del fondo?

Ella vaciló y miró alrededor antes de preguntar:

—¿Objetividad racional es un eufemismo de ausencia de emoción?

—Un sinónimo —repuse—. Las emociones pueden causar grandes problemas.

Decidí que sería útil ofrecer un ejemplo, recurrir a una historia en la que el comportamiento emocional tuviese consecuencias desastrosas.

—Imagine que está escondida en un sótano. El enemigo los busca a usted y sus amigos. Todos tienen que guardar absoluto silencio, pero su bebé se pone a llorar.

—Hice una imitación, un recurso típico de Gene para que

el relato sea más convincente—: ¡Buaaaaaa! —Tras una pausa dramática, añadí—: Usted tiene una pistola.

Se alzaron manos por todas partes. Julie se levantó de un brinco mientras yo continuaba:

—Con silenciador. El enemigo se acerca, los matarán a todos. ¿Qué haría usted? El bebé berrea...

Los niños estaban impacientes por aportar sus respuestas. Uno gritó: «¡Dispara al bebé!», y pronto todos clamaban: «¡Dispara al bebé, dispara al bebé!»

—¡Dispara al enemigo! —chilló el chico que había planteado la pregunta genética.

—¡Tiéndeles una emboscada! —exclamó otro.

Las sugerencias llegaban cada vez con más rapidez:

—¡Usa el bebé como cebo!

—¿Cuántas armas tenemos?

—¡Tápale la boca!

—¿Cuánto puede sobrevivir sin respirar?

Como esperaba, todas las ideas venían de los «enfermos» de Asperger. Los padres no aportaban sugerencias constructivas y algunos incluso intentaban reprimir la creatividad de sus hijos.

Alcé las manos.

—Se acabó el tiempo. Buen trabajo, chicos. Todas las soluciones racionales han venido de los «aspis». El resto estaba incapacitado por la emoción.

—¡Vivan los aspis! —gritó un muchacho.

Había leído esta abreviatura en la literatura médica, pero tuve la impresión de que era una novedad para los chicos. Al parecer les gustó, y pronto todos estaban de pie en las mesas y sillas con los puños en alto, coreando «¡Vivan los aspis!». Según mis lecturas, los niños con síndrome de Asperger suelen adolecer de falta de confianza en situaciones sociales. Su eficacia en la resolución del problema parecía haberles proporcionado un alivio temporal, pero sus padres seguían sin proporcionarles un refuerzo po-

sitivo: gritaban y en algunos casos hasta tiraban de ellos para bajarlos de las mesas. Daba la impresión de que les preocupaba más la observancia de las convenciones sociales que el progreso de sus hijos.

Consideré que me había explicado de forma convincente y Julie no creyó necesario seguir con la genética. Los padres parecieron centrarse en reflexionar sobre lo que sus hijos habían aprendido y se marcharon sin interactuar conmigo. Sólo eran las 19.43, un resultado excelente.

Mientras guardaba mi ordenador portátil, Julie soltó una carcajada.

—Oh, Dios mío. Necesito una copa.

No estaba seguro de por qué compartía esta información con alguien que sólo conocía desde hacía cuarenta y seis minutos. Yo también planeaba consumir algo de alcohol al volver a casa, pero no veía ningún motivo para informar de ello a Julie.

—Oiga, nunca usamos esa palabra, «aspis» —añadió Julie—. No queremos que crean que forman parte de una especie de club.

Más connotaciones negativas provenientes de alguien a quien supuestamente pagaban para ayudar y estimular.

—¿Como la homosexualidad?

—*Touché*. Pero es distinto. Si ellos no cambian, no tendrán relaciones auténticas; nunca encontrarán pareja.

Era un argumento razonable que yo entendía muy bien, dadas mis propias dificultades en ese ámbito. Pero Julie cambió de tema.

—Pero ¿dice usted que hay cosas... cosas útiles... que hacen mejor que los no Asperger? Además de matar bebés.

—Por supuesto. —Me pregunté por qué los involucrados en la educación de personas con características especiales no reparaban en el valor y la demanda de mercado de tales atributos—. Hay una empresa en Dinamar-

ca que contrata aspis para las pruebas de aplicaciones informáticas.

—No lo sabía. La verdad es que está haciéndome ver las cosas desde otra perspectiva. —Me miró un instante—. ¿Tiene tiempo para una copa? —Y me puso una mano en el hombro.

Di un respingo. Contacto inapropiado, sin duda. Si yo le hubiese hecho eso a una mujer, seguro que me habría metido en un buen lío, posiblemente una queja por acoso sexual ante la decana con graves consecuencias para mi carrera. Pero, claro, nadie iba a criticar a Julie por eso.

—Lamentablemente, tengo otras actividades programadas.

—¿No hay flexibilidad?

—Desde luego que no.

Ahora que había conseguido recuperar el tiempo perdido, no pensaba volver a sumir mi vida en el caos.

Antes de conocer a Gene y Claudia tuve dos amigas. La primera fue mi hermana mayor. Aunque era profesora de Matemáticas, no tenía mucho interés por los avances en su campo. Vivía cerca; me visitaba dos veces por semana y en ocasiones también de forma aleatoria. Comíamos juntos y hablábamos de trivialidades como los acontecimientos en las vidas de nuestros familiares o las interacciones sociales con nuestros colegas. Un domingo al mes íbamos a Shepparton a comer con nuestros padres y nuestro hermano. Estaba soltera, lo que bien podía deberse a que era tímida y convencionalmente no atractiva. A consecuencia de una grave e inexcusable negligencia médica, ahora está muerta.

La segunda amiga era Daphne, cuyo período de amistad se solapó con el de Gene y Claudia. Se había mudado al piso de arriba tras el ingreso de su marido, aquejado de

demencia, en una residencia. Debido a un problema en las rodillas exacerbado por la obesidad, Daphne apenas podía andar, pero era muy inteligente y empecé a visitarla con regularidad. No tenía títulos académicos y había ejercido el tradicional papel de ama de casa, lo que yo consideraba un inmenso desperdicio de talento, sobre todo porque sus descendientes no le devolvían los cuidados prestados. Ella sentía curiosidad por mi trabajo y emprendimos el Proyecto Enseñar Genética a Daphne, que resultó fascinante para ambos.

Empezó a cenar regularmente en mi casa debido a la considerable economía de escala que supone cocinar para dos personas en lugar de preparar dos comidas independientes. Todos los sábados a las 15.00 horas visitábamos a su marido en la residencia, que estaba a 7,3 kilómetros de distancia. Yo combinaba aquel paseo de 14,6 kilómetros empujando su silla de ruedas con una interesante conversación sobre genética, y después leía mientras ella hablaba con su marido, cuyo nivel de comprensión, aunque difícil de evaluar, era indudablemente bajo.

Daphne se llamaba así por la planta cuya floración coincidía con su fecha de nacimiento, el 28 de agosto. En todos sus cumpleaños su marido le había regalado dafnes, lo que ella consideraba un acto romántico en grado sumo. Se lamentó de que, por primera vez en cincuenta y seis años, aquel acto simbólico no tendría lugar en su siguiente cumpleaños. La solución era evidente y, antes de llevarla en silla de ruedas a mi casa para celebrar su setenta y ocho aniversario, adquirí cierto número de esas flores para regalárselas.

Daphne enseguida reconoció la fragancia y rompió a llorar. Temí haber cometido un terrible error, pero ella me explicó que sus lágrimas eran un síntoma de felicidad. También le impresionó la tarta de chocolate que le había preparado, pero no con igual intensidad.

Mientras comíamos hizo una declaración increíble:
—Don, serías un marido maravilloso.

Aquella afirmación se contradecía tanto con el rechazo que solían mostrarme las mujeres que me quedé momentáneamente perplejo. Después le expuse los hechos: la historia de mis intentos de encontrar pareja, empezando con la hipótesis infantil de que me casaría al hacerme mayor y mi posterior abandono de esa idea cuando resultó evidente que no era apto.

El argumento de Daphne era simple: hay alguien para cada uno de nosotros. Estadísticamente, su afirmación era casi correcta; por desgracia, las probabilidades de que yo encontrase a dicha persona eran cada vez más bajas. Pero aquello creó cierta inquietud en mi cerebro, como sucede con los problemas matemáticos que sabemos que tienen solución.

Repetimos el ritual de las flores en sus dos cumpleaños siguientes. Los resultados no fueron tan espectaculares como la primera vez, pero también le compré regalos —libros de genética— y ella se mostró encantada. Me dijo que su cumpleaños siempre había sido su día preferido. Yo sabía que eso era normal en los niños debido a los regalos, pero no lo esperaba de un adulto.

Noventa y tres días después de la tercera cena de cumpleaños, mientras íbamos a la residencia de ancianos hablando de un artículo de genética que Daphne había leído el día anterior, se hizo patente que había olvidado algunos aspectos significativos. No era la primera vez que últimamente le fallaba la memoria, de modo que organicé una evaluación de sus funciones cognitivas. El diagnóstico fue enfermedad de Alzheimer.

La capacidad intelectual de Daphne se deterioró rápidamente y pronto nos fue imposible mantener nuestras charlas sobre genética, pero continuamos con las comidas y los paseos a la residencia de ancianos. Ahora Daph-

ne hablaba sobre todo de su pasado, en especial de su marido y su familia, así que me formé una visión global de lo que puede ser la vida matrimonial. Siguió insistiendo en que podría encontrar una compañera compatible y gozar del elevado nivel de felicidad que ella había experimentado en su existencia. Investigaciones adicionales confirmaron que los argumentos de Daphne tenían corroboración científica: los hombres casados son más felices y longevos.

El día que Daphne me preguntó «¿Cuándo volverá a ser mi cumpleaños?», comprendí que había perdido la noción del tiempo. Decidí que era aceptable mentir para optimizar su felicidad. El problema era encontrar un ramo de dafnes fuera de temporada, pero obtuve un éxito inesperado. Conocía a una genetista que trabajaba en la alteración y extensión del período de floración de las plantas con fines comerciales, la cual facilitó algunas dafnes a mi florista, y luego simulamos una comida de cumpleaños. Repetía el procedimiento siempre que Daphne preguntaba por su aniversario.

Llegó un momento en que tuvo que reunirse con su marido en la residencia de ancianos. Como la memoria le fallaba cada vez más, celebramos sus cumpleaños más a menudo, hasta que acabé visitándola a diario. La florista me dio una tarjeta de fidelidad especial. Calculé que Daphne había alcanzado la edad de doscientos siete años en número de cumpleaños cuando dejó de reconocerme, y trescientos diecinueve cuando ya no respondió a los ramos de dafnes y dejé de visitarla.

No esperaba volver a tener noticias de Julie. Como siempre, mis conjeturas sobre la conducta humana se demostraron erróneas. Dos días después de la conferencia, a las 15.37, un número desconocido llamó a mi teléfono.

Julie dejó un mensaje pidiéndome que la llamara y deduje que me había olvidado algo en la sala de conferencias.

Nuevo error, pues Julie quería seguir hablando del síndrome de Asperger. Me alegró que mi charla hubiese sido tan influyente. Sugirió que quedásemos para cenar; no era el entorno ideal para una conversación productiva, pero, como suelo cenar solo, sería fácil programarlo. La investigación preliminar era otra cuestión.

—¿Qué temas específicos le interesan?

—Oh. Pensé que podríamos hablar en general... para conocernos un poco.

Aquello sonaba excesivamente vago.

—Necesito al menos concretar unas líneas generales del tema a tratar. ¿Qué le resultó más interesante de lo que dije?

—Bueno... supongo que eso de las pruebas informáticas en Dinamarca.

—Pruebas de aplicaciones informáticas. —Sin duda, tendría que investigar—. ¿Qué le gustaría saber?

—Me preguntaba cómo los encuentran. La mayoría de los adultos con síndrome de Asperger no saben que lo tienen.

Era verdad. Entrevistar a candidatos aleatoriamente parecía una forma muy ineficaz de detectar un síndrome cuya prevalencia se estimaba en menos del 0,3 por ciento.

—Supongo que usarán un cuestionario como filtro preliminar —aventuré a modo de hipótesis.

Antes de terminar la frase, ya había visto la luz. No en sentido literal, por supuesto. ¡Un cuestionario! Era la solución obvia. Un instrumento científicamente válido, de diseño específico y que incorporase las mejores técnicas actuales para cribar a las malgastadoras de tiempo, las desorganizadas, las exigentes con los sabores de helado, las susceptibles al acoso visual, las pitonisas, las lectoras de horóscopos, las obsesas de la moda, las fanáticas reli-

giosas, las veganas, las espectadoras de deportes, las creacionistas, las fumadoras, las analfabetas científicas y las homeópatas, hasta llegar, idealmente, a la compañera perfecta o, siendo más realistas, a una preselección de candidatas manejable.

—¿Don? —Era Julie, que seguía al teléfono—. ¿Cuándo quieres quedar?

La situación había cambiado. Las prioridades eran otras.

—Imposible. Tengo la agenda completa.

Iba a necesitar todo el tiempo disponible para el nuevo proyecto.

El Proyecto Esposa.